



El futuro de los *sapiens* en nuestras manos

The future of the sapiens in our hands

■ David Huertas

Resumen

El autor hace una reflexión sobre la violencia, un fenómeno típico de nuestros días, que además se ha erigido en uno de los grandes problemas de la Salud internacional (*Global Health*). El artículo, después de elucidar las posibles causas de la violencia en la sociedad actual, se adentra en cuestiones tales como su desarrollo en el ámbito escolar o en el seno de la pareja, a la vez que analiza el mito de la peligrosidad social de las enfermedades mentales; por último, apunta algunas soluciones a los conflictos descritos.

Palabras clave

Violencia. *Bullying*. Violencia doméstica. Enfermedades mentales y peligrosidad.

Abstract

The author reflects on violence, a typical phenomenon of our time, which has also become one of the major problems of Global Health. This article, after elucidating some of the possible causes of violence in today's society, enters deeply into key questions such as school or domestic violence and analyses the myth of social danger from mental disorders. Finally, potential interventions for the described conflicts are suggested.

Key words

Violence. *Bullying*. Domestic violence. Mental disorders and social perilosity.

■ En 2002 la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró oficialmente que la violencia se había convertido en un problema global de Salud Pública (1),

El autor es Profesor Asociado de Psiquiatría en la Universidad de Alcalá y Jefe de Sección de Psiquiatría del Hospital Universitario de Guadalajara (Guadalajara, España). Recientemente ha publicado: *Violencia la gran amenaza*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

y pidió a todos los agentes sanitarios que se preparasen para combatirla. Haciéndome eco de ese informe, y en línea con mis observaciones como psiquiatra, he llamado a la reflexión sobre este asunto (2-5), especialmente en mi reciente libro *Violencia la gran amenaza* (2) (2007). Las reacciones de escepticismo han sido numerosas, aunque cada día se encuentran más motivos de preocupación.

Asistimos a una pandemia de actos de gran brutalidad interpersonal. Jóvenes que se autoafirman exhibiendo sus hazañas sádicas hacia compañeros, profesores o marginados. Conductores que se comportan como guerreros del asfalto. Pasiones deportivas que acaban en ataques salvajes. Masacres indiscriminadas por venganza, frustración o terrorismo. Hombres y mujeres que acaban destruyendo a la pareja que tanto necesitan. Y la guerra, aunque aparentemente lejana, forma parte de nuestra vida cotidiana.

Debemos afrontar la realidad de forma objetiva y admitir que las sociedades del siglo XXI están contaminándose de violencia. Esta disfunción, de continuar aumentando, bien podría amenazar seriamente el futuro de la Humanidad.

La explosión demográfica que se ha producido desde 1950 y la progresiva concentración de la población en colosales núcleos urbanos, fuerzan a los individuos a competir por unos recursos limitados y mal distribuidos. Esta situación tenderá a empeorar en los próximos años debido al incuestionable cambio climático, que provocará migraciones masivas hacia las regiones más favorecidas. A mayor hacinamiento, mayor probabilidad de choque entre humanos.

En las grandes metrópolis no todo es fácil. Los ciudadanos están sometidos a altas tasas de estrés ambiental, contaminación química y acústica. La presión del tiempo, el bombardeo publicitario, la carrera hacia el éxito y la convivencia con la inseguridad crean un nicho ecológico que dificulta el equilibrio psicológico y el comportamiento pacífico.

El desarrollo económico ha mejorado sustancialmente la calidad de vida de las personas. Hoy se vive más y mejor en el mundo rico. Pero este modelo ha creado una nueva forma de esclavitud: el *hiperconsumo*. Víctimas de la ambición material desmedida, las modas y las marcas, los ciudadanos caen frecuentemente en la frustración de no poder alcanzar los bienes deseados, lo que les vuelve irritables y hostiles.

Basar la felicidad en la capacidad personal de *comprar en el mercado* y acumular bienes materiales requiere tiempo y gran esfuerzo, que se hurtan a las relaciones interpersonales, la pareja o los hijos. La progresiva incomunicación y la destrucción de las redes de apoyo social (familia y amigos) generan sentimientos de soledad y desamparo. En último término se descubre el gran engaño: alcanzar la riqueza o el reconocimiento no garantiza la dicha prometida.

El *modelo competitivo-consumista* es una fuente permanente de confrontación y frustración en todas las fases de su desarrollo. En los más jóvenes provoca una feroz lucha por poseer los atributos materiales que otorgan la admiración del grupo. Más adelante, los individuos plenamente integrados en el sistema pugnan de forma cada vez más agresiva por alcanzar los mejores puestos. Al final, cuando se llega a la meta

se ha descuidado en el camino lo que en realidad nos ha hecho humanos, el bienestar que nos produce sentirnos parte del otro.

En respuesta al *desarrollismo* se están produciendo profundos cambios en la organización social de nuestras comunidades, como la incorporación de la mujer al mercado laboral, la rápida inmigración hacia los países ricos, la desaparición de la familia tradicional, la crisis de la pareja, o la fuerte revisión de las creencias religiosas. Con ellos, los sistemas de valores se transforman de forma brusca.

Los seres humanos mostramos una marcada dificultad para cambiar las costumbres adquiridas. Todo cambio social requiere tiempo, mucho tiempo para poder trasladar lo deseable al comportamiento real de la gente. Si se intenta forzar demasiado rápido ese cambio, la variación pretendida se transforma en crisis social. Y así está ocurriendo. Los individuos están confusos, pierden sus referencias culturales y quedan huérfanos de identidad, manifestando su angustia en la forma de agresión.

El malestar de los adultos se está trasladando a los menores. Copian lo que ven, son el reflejo de su tiempo. Imágenes violentas, estrategias depredadoras para imponerse en el trabajo, relaciones parentales basadas en la humillación y los golpes. Y sobre todo, se derrumba el *proceso de socialización*, de formación en los valores para la convivencia. Está fracasando la transmisión de los principios fundamentales de tolerancia y respeto al otro que hacen posible la vida en común.

Estamos abandonando la *inteligencia emocional* (habilidad de detectar los sentimientos y necesidades de los demás) y el espíritu grupal. Se tiende a negar el valor de la comunidad porque parece innecesario y a menudo un obstáculo para alcanzar los fines propios. Proliferan los que desprecian a los semejantes, etiquetándolos de inferiores o indeseables, excusas para perderles el respeto y negarles su dignidad. El camino hacia la imposición cainita está despejado.

Para Juan Luis Arsuaga el factor determinante del éxito evolutivo de los *Homo sapiens* modernos, que somos nosotros, fue la *etnicidad* o capacidad de organizarse en torno a un conjunto de símbolos compartidos (6). Paradójicamente, este gran avance mental se ha convertido en el mayor azote de la Humanidad desde los comienzos del siglo xx hasta hoy, causando enfrentamientos sangrientos entre comunidades apegadas a diferente etnicidad que compiten por imponer la supremacía de su sistema cultural. ¿Dónde se encuentra entonces el delicado punto de equilibrio entre la conveniencia de potenciar la actuación grupal y la de respetar la libertad individual? Es probable que aún nos quede por dar un último salto evolutivo para pasar de la etnicidad a la *multiculturalidad global*.

Necesitamos alcanzar una solución de compromiso. Los humanos somos criaturas gregarias, inclinadas de forma natural hacia la cooperación. Pero también es cierto que la *sombra simiesca* (7) y el instinto de supervivencia empujan a cada individuo hacia el egoísmo y la destrucción de los adversarios.

Konrad Lorenz, Sigmund Freud y Anthony Storr afirmaron sin titubeos que somos agresivos por naturaleza (8-10), una conclusión a la que muchos otros también hemos

llegado. Debemos abandonar la imagen idílica del *hombre bueno* de Rousseau (11), y aceptar la condición humana de forma más realista. Todos tenemos un componente salvaje en nuestro interior que, bajo circunstancias desfavorables, puede despertar para transformarnos en violentos y despiadados. Ser conscientes de ello es un acto de responsabilidad individual que nos ayudará a esforzarnos para *domesticar* nuestra naturaleza agresiva. De aquí se deriva la importancia capital de los valores, las normas de convivencia y la educación. En definitiva, lo que hace posible la sociedad es el respeto al otro. La alternativa es el caos y la extinción de la especie. Lamentablemente, el mundo actual navega hacia una rápida expansión del individualismo y el recurso a la violencia como instrumento para imponerse. Por ello, cabe afirmar que el futuro de los *sapiens* está en nuestras manos. Pero, ¿cambiaremos a tiempo?

El simio dormido

Los *sapiens* compartimos más del 99% de nuestro genoma con los chimpancés (*Pan troglodytes*) y los bonobos (*Pan paniscus*) (12). Hace unos 6 millones de años nos separamos del tronco común de los chimpancés (13), mientras que los bonobos se escindieron como especie hace tan sólo un millón de años (14).

Las diferencias observadas en el comportamiento social de estos primates son interesantes para comprender mejor nuestra naturaleza, ya que mostramos rasgos de ambas especies. Los chimpancés comunes se organizan de forma patriarcal y piramidal, imponiendo la jerarquía a través de la violencia. Son irritables y despiadados, tienden a la guerra para defender el territorio, y practican el canibalismo, el forzamiento sexual, y las matanzas grupales indiscriminadas (15). Por el contrario, los bonobos se reúnen en grupos de estructura matriarcal, cooperativa e igualitaria. Son pacíficos, sociables, sensibles, muy activos con el sexo incluyendo las prácticas homosexuales, y toleran la presencia de otros grupos sin tensión (16, 17). Recientemente, se ha observado que los humanos compartimos con los bonobos los polimorfismos en el gen codificador del receptor para la vasopresina que favorecen la sociabilidad (18, 19).

Como sostiene el reconocido primatólogo Frans de Waal, probablemente caminemos con el legado genético de las dos especies (19). No se trata de otorgar la razón a Rousseau (1) frente a Hobbes (20), o viceversa. Ambos estaban en lo cierto. Cada uno descubrió una cualidad esencial de la naturaleza humana. Somos tanto despiadados como sociables, al mismo tiempo que egoístas y altruistas. Que prevalezca lo uno o lo otro depende del contexto social, de la presión del entorno y las dificultades para la supervivencia. Nuestro mundo moderno está despertando al simio dormido en el interior de cada ser humano, al *mono desnudo* de Desmond Morris (21). Las condiciones de vida actuales están inclinando la balanza hacia la destrucción de los semejantes más que hacia el amor al grupo.

Egoísmo versus altruismo

¿Qué pesa más en los humanos: la tendencia innata a prevalecer a costa de lo que sea y de quien sea, o el deseo y la necesidad de sentirnos parte de una comunidad que nos arropa y nos proporciona identidad? Charles Darwin sostuvo con rotundidad que el altruismo es inconveniente para tener éxito en el proceso de selección natural, por lo que tiende a ser eliminado por la evolución (22). En sentido opuesto, William D. Hamilton y George R. Price desarrollaron la teoría del *nepotismo altruista*, con la que otorgaron un sentido biológico positivo al comportamiento generoso hacia los parientes cercanos (23, 24). Argumentaban que facilitar la supervivencia a los fami-



Veritas, de Christoph Murer (1558-1614). El artista representa la “verdad” mediante la figura de una mujer asediada por la traición, la persecución, la tradición y la violencia.

liares es una buena forma de garantizar la transmisión del material genético propio. Sin embargo, claramente defensores de la bondad evolutiva del altruismo, lo limitaron al parentesco, rechazando la existencia de la generosidad absoluta hacia los extraños.

A su vez, el sociobiólogo contemporáneo Richard Dawkins se sitúa en una posición intermedia entre ambas corrientes de pensamiento. Para él resulta evidente que nacemos egoístas, y que lo mejor que podemos hacer es educarnos para ser altruistas (25). Aunque a nuestros genes sólo les *interesa* perpetuarse y transmitir su información a través del tiempo sin reparar en consideraciones de orden moral, como especie nos conviene extender la cultura del amor y el altruismo para mejorar las opciones de supervivencia.

El comportamiento humano está fuertemente determinado por los genes, que dictan el código de funcionamiento a las redes neuronales. No nacemos con un cerebro en blanco. Venimos al mundo con un *manual de instrucciones* que determina nuestro temperamento e inclinaciones. Investigaciones recientes señalan que ciertas variaciones alélicas en los genes que codifican la síntesis de las enzimas COMT (26) o MAO-A (27) favorecen la impulsividad, un mal control de la ira y la violencia.

Pero los genes no tienen la última palabra. Las tendencias innatas pueden ser modificadas por las experiencias vitales. Un ambiente sociofamiliar protector, con baja hostilidad, reduce significativamente las posibilidades de que el sujeto predispuesto acabe tiranizando a los demás. Por el contrario, un entorno hostil estimula la crueldad en los nacidos para ser crueles.

La influencia externa más poderosa es el proceso educativo, que se materializa a través del modelado parental y social. El problema es que hoy en día muchos adultos consideran que lo mejor para ellos y para sus hijos es aniquilar al contrario, cuanto más feroz y despiadadamente mejor. Los violentos aprenden a lograr sus objetivos por medio de la fuerza porque lo han observado o experimentado así. El *ambiente pro-hostil* prospera en los hogares que admiten el maltrato, en los barrios marginales en los que impera la *ley de la selva*, en torno al abuso de drogas y, de forma virtual pero muy efectiva, tras la exposición repetida a escenarios de agresión filmada o recreada en videojuegos.

Adolescentes violentos: El fracaso de la educación

Los menores son el espejo de los adultos y en una sociedad más violenta los jóvenes también lo son. Tenemos servido un problema creciente de comportamiento disfuncional en este colectivo que precisa ser abordado en toda su complejidad, y cuanto antes mejor.

A diario nos impactan las noticias de agresiones brutales perpetradas por pandillas de adolescentes, que graban y difunden a sus pares para lograr su reconocimiento.



Asalto de ladrones, 1794. Óleo sobre hojalata. Colección Castro Serna (Madrid, España). Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828).

Aunque la forma más frecuente de violencia juvenil, el *bullying*, no se apoya en la tecnología. Este tipo de acoso sistemático y repetido sobre una víctima concreta (inmigrantes, minusválidos o estudiantes brillantes) con el fin de depredarla psicológica y moralmente, alcanza en España a más del 20% de los escolares entre 8 y 17 años (28).

A pesar de las evidencias, emerge la tendencia a la negación del problema. Muchos padres y algunos profesionales de la enseñanza afirman que estos incidentes son cosas normales entre críos, a menudo para alejar el fantasma de la culpa. Pero si no se actúa contra los *matones* juveniles, si se les permite asumir que la vía de la agresión funciona y es legítima, la introyectarán como comportamiento aceptable, y acabarán transformándose en acosadores adultos en la familia y el trabajo, o en delinquentes habituales (29, 30). Es ineludible hacerles desaprender la violencia.

Urge tomar medidas institucionales contra el maltrato escolar. Afortunadamente nuestro país ya sigue esta senda con proyectos de gran éxito, como el SAVE (Sevilla Anti-Violencia Escolar) de Rosario Ortega en Andalucía (31), o el *Plan de Convivencia Escolar* de la Comunidad de Castilla-La Mancha (32).

La socialización de los menores debe basarse en la imposición de límites y no en la fracasada doctrina del *prohibido prohibir*. La distribución normalizada de la *agresividad competitiva*, universal e instintiva en todo ser humano, exige oposición. El cerebro infantil, al igual que necesita explorar su entorno para desarrollarse, también precisa para su correcta maduración la presencia de una autoridad firme que le oriente en su camino hacia la integración en la comunidad. Si, por el contrario, se le permite abandonarse al placer ilimitado y a la satisfacción inmediata de los instintos, la *pulsión tanática* fluye sin control (9).

Los padres son el modelo que miran sus hijos y no pueden pedir que el hijo respete lo que ellos no respetan. La incoherencia entre las palabras y los actos merma la autoridad, impidiendo la función que se pretende cumplir. Corregir al menor, normativizar su comportamiento social, requiere tiempo; y, ¿quién tiene tiempo hoy en día?

Pienso que la educación es el mejor antídoto del salvajismo, el arma más poderosa para el cambio social y que debemos vacunar con educación contra el odio y la violencia. Como escribió el sociólogo británico John Ruskin, *educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que antes no existía* (33). Educar no es enseñar matemáticas o geografía; es formar en los valores que permiten vivir en grupo y construir comunidades cooperativas; entender las necesidades de los demás y respetar su espacio; en definitiva, educar es socializar y civilizar. Esta función no se puede delegar en los maestros. Los principales agentes educativos son los padres y la sociedad en su conjunto. Las normas culturales que persisten para siempre se graban en el cerebro del niño en los primeros años de vida. Por ello es esencial que políticos y empresarios entiendan que deben favorecer que los trabajadores puedan compatibilizar la vida familiar y la laboral; que vuelvan a disponer de tiempo para dedicarlo a sus hijos.

A lo largo de las últimas décadas se ha difundido el mensaje de que ser progresista en lo educativo significa no frustrar al hijo, ofrecerle tolerancia absoluta para que su mente fluya en plena libertad. Se sustituye la disciplina por la seducción. La figura paterna se desvanece. A tal punto ha llegado la situación, que hoy en día los ascendientes temen a sus hijos, sufren su violencia (*síndrome del emperador*), y contratan los servicios de espionaje privado para conocer los pasos que dan. Los adolescentes hacen entrar en crisis a los adultos que se ocupan de ellos. En la actual *cultura del bienestar* el padre tiende a ser desvalorizado socialmente; ha perdido poder, nadie le escucha y es poco respetado; los progenitores dimiten de su función y disfrazan su renuncia de permisividad. La sociedad debe devolverles el derecho legítimo y necesario de encauzar y corregir el comportamiento de su descendencia.

No vale todo; hay comportamientos inaceptables por antisociales o peligrosos para la salud, y cuando emergen en los menores con su natural tendencia rebelde y exploratoria, no queda más opción que corregirlos. Es difícil aprender a educar con firmeza sin caer en la represión excesiva o la tiranía, y tal vez se hagan necesarias las *escuelas de padres*. Soy consciente de la controversia que crearán estas palabras, pero el asunto es demasiado trascendente y grave como para no atreverme a proponer cambios ambiciosos.

Ser padre o madre no significa engendrar un nuevo ser humano, significa asumir y ejecutar con responsabilidad sostenida en el tiempo la función de formar el carácter de un menor, que algún día será adulto y formará parte de la sociedad. Como dijo Heráclito: *el carácter es el destino del hombre*.

Violencia contra la pareja

La violencia es siempre patológica y desadaptativa. Es una forma aberrante de agresión ejercida sobre otros seres humanos con la *intención deliberada* de destruirles sin lógica, sentido o necesidad defensiva alguna. No responde a la pulsión de supervivencia, sino al deseo de dominación, el odio, la venganza, los celos o el sadismo.

Cuando el violento humilla o golpea y se impone por la fuerza, experimenta un alivio de sus emociones negativas (frustración, complejo de inferioridad, rencor, celos). Se siente recompensado y poderoso. Por ello repite su comportamiento destructivo, y lo hace cada vez con mayor frecuencia e intensidad. Esto explica el *crescendo* en la brutalidad de los agresores domésticos hacia las personas que viven bajo su mismo techo.

La forma más frecuente de maltrato en el ámbito privado de la convivencia se produce contra la pareja o expareja femenina, que demasiadas veces acaba en el feminicidio. Pero también deben tenerse en cuenta las altas tasas de abuso contra los hombres por parte de sus compañeras íntimas, asociado al 25-50% de los casos de vio-

lencia doméstica en Inglaterra y Gales, según el Gobierno Británico (34), y presente en el 15,4% de las muertes violentas de hombres en 2006 en España, según el Consejo General del Poder Judicial (35).

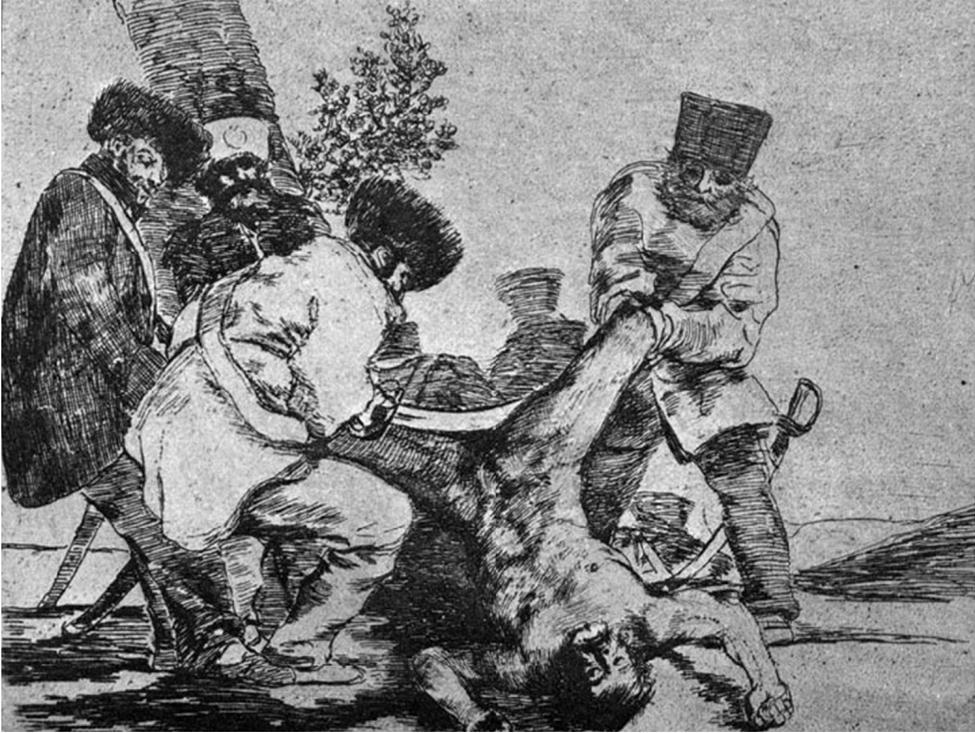
Algunos acosadores recurren a la violencia indirecta contra la pareja a través del llamado *complejo de Medea*. Tiranizan a sus propios hijos para derrumbar psicológicamente al otro progenitor, a modo de despiadado chantaje emocional (36).

La estrategia adoptada para acabar con esta lacra se basa principalmente en la estigmatización social de los hombres que maltratan a las mujeres, atribuyendo su comportamiento al factor cultural del machismo; entendido como la creencia de que los varones gozan de una supuesta superioridad social sobre las mujeres que les otorga ciertos derechos de propiedad sobre sus parejas. En este sentido, la OMS ha señalado que son especialmente vulnerables las mujeres que viven en sociedades en las que existe una marcada dominación masculina y que no sancionan el maltrato conyugal, como ocurre en muchos países del Tercer Mundo (2).

El asunto se ha tipificado como un delito de violación de los derechos humanos, de especial gravedad por la alarma social que provoca, y se combate con medidas policiales y penales. Pero esta vía no está resultando eficaz, pues el número de mujeres muertas por esta causa no deja de crecer cada año, y sí el de falsas denuncias con fines espurios. Un reciente estudio realizado en el Bronx de Nueva York ha comprobado que la monitorización judicial de los agresores no reduce su tasa de reincidencia en el maltrato (37). ¿Y si no fuera sólo el machismo?

La investigación ha detectado algunos factores biológicos que podrían actuar como predisponentes o precipitantes del comportamiento abusivo contra la pareja. Los mejor caracterizados son el exceso de testosterona plasmática (38, 39), el abuso de alcohol (38) y otras drogas (40), las disfunciones en el control serotoninérgico de la agresión en el núcleo amigdalino del cerebro (41), y la psicopatología subyacente (trastornos depresivos, trastorno explosivo intermitente y trastornos de la personalidad) tanto en los violentos (42, 43) como en las violentas (44). La presencia de alteraciones mentales alcanza el 80% en algunas series estudiadas en Suecia (45). De forma específica, se ha constatado que los frecuentes casos en los que el homicidio de la pareja se sigue del suicidio del agresor son cometidos en su gran mayoría por varones afectados por un síndrome depresivo (46). En España, Javier Fernández-Montalvo y Enrique Echeburúa observaron que el 45% de los maltratadores estudiados tenían antecedentes psiquiátricos por depresión, ansiedad, abuso de alcohol o celotipia (47).

Aparentemente los trastornos psiquiátricos tipificados no afectan a la mayoría de los casos, pero sí pueden encontrarse alteraciones en el perfil de funcionamiento psicológico en la práctica totalidad de ellos. Los rasgos más comunes incluyen mal control de la ira, baja autoestima, escasas habilidades para la comunicación y la solución de conflictos y, especialmente, una alta *dependencia* en las relaciones interpersonales.



¿Qué hai que hacer más? Realizado entre 1810 y 1815, dentro de la serie "los desastres de la guerra". Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828).

Avanzaríamos más si mirásemos la violencia contra la pareja desde una perspectiva nueva, analizando los factores psicobiológicos que desestabilizan a los agresores, y dirigiendo los esfuerzos hacia un abordaje biopsicosocial preventivo. Se podría trabajar en el origen, cuando comienzan las dificultades de convivencia, para evitar que la colisión crezca hasta acabar en la destrucción de uno o ambos. Pero el asunto se cierra con la cárcel. Las jaulas no curan a nadie, sólo empeoran las cosas. Aunque en ningún caso el tratamiento puede reemplazar a la condena por el delito cometido, sí podría, aplicado a tiempo, evitar muchas tragedias.

El mito de la peligrosidad social de la locura

Cada vez que las portadas de los periódicos o los telediarios nos sacuden con la noticia de una agresión horrible e incomprensible, la mayoría de los ciudadanos se

apresuran a concluir que debe tratarse de un enfermo mental, y que los *perturbados* ponen en riesgo nuestra seguridad cotidiana. Pero la realidad es bien distinta. La crueldad y el sadismo forman parte de la naturaleza humana, y no implican en sí mismas patología alguna. La violencia que agita nuestro tiempo no deriva de la locura, sino de la ideología radical, la homofobia hacia los distintos, la anomia, el odio, o la ambición.

La tasa delictiva de los pacientes psiquiátricos es similar, o incluso inferior, a la de la población general. La mayor parte no suponen amenaza alguna. En las sociedades desarrolladas, no más del 3-10% de los actos de violencia criminal están asociados a la presencia de un trastorno mental grave (48-51). Por ello, debemos ser muy prudentes antes de trasladar a la opinión pública la asociación entre criminalidad y enfermedad mental, que sólo contribuye a elevar aún más el rechazo hacia estas personas. Cometer este error sería injusto e impropio de una sociedad democrática. El prestigioso psiquiatra español Juan José López-Ibor hace años que trabaja para eliminar el *estigma* que cae como una losa sobre este colectivo y mejorar su integración social, habiendo destacado que la hostilidad de los alienados se potencia con la marginación que sufren (52).

Hoy en día, la gran mayoría de las personas con perturbaciones mentales pueden ser adecuadamente tratadas en la comunidad, sin que sea necesario recurrir al deteriorante confinamiento hospitalario. Aunque en ciertos grupos específicos sí hay evidencia de un mayor riesgo, como ocurre en los esquizofrénicos no tratados, los que abusan del alcohol u otras drogas, y los que padecen trastorno antisocial de la personalidad, conocidos comúnmente como psicópatas (53, 54).

Existen algunas configuraciones de la personalidad que predisponen al comportamiento de ataque, como el *síndrome AHA* o el *síndrome E*. Son individuos que pasan por normales, bien integrados en la comunidad, pero con rasgos ocultos del carácter, potencialmente inductores de reacciones violentas.

El *síndrome de agresión-hostilidad-ira* (AHA) acompaña a los individuos con *personalidad de tipo A* (55), que se caracterizan por una marcada tendencia a irritarse y sentir ira ante mínimas frustraciones o sin causa objetiva. Habitualmente impacientes, desconfiados y tensos, e inclinados a reaccionar de forma hostil cuando se les critica o se les lleva la contraria.

El *síndrome E*, descrito por Itzhak Fried, afecta a personas previamente pacíficas, que a partir de la adolescencia se transforman en genocidas, asesinando sin piedad colectivos inocentes. Suelen ser varones de personalidad obsesiva, desensibilizados hacia la violencia, poco emotivos, hiperexcitables, dependientes y muy rígidos. Casi siempre están adscritos a alguna ideología radical racista o xenófoba, utilizando metáforas como *limpieza social* para justificar sus agresiones. Obedecen de forma ciega a la autoridad, y son muy influenciados por el grupo del que dependen. A pesar de la brutalidad de sus crímenes, no se alteran emocionalmente y suelen llevar una vida familiar normal (56).

A su vez, los sujetos *AHA* o *E* tienen más probabilidades de transformarse en el *mono desnudo* de Morris, pero no debemos olvidar que bajo circunstancias extremas cualquier individuo normal puede mostrar respuestas de gran ferocidad. En nuestra conciencia profunda, todos intuimos que poseemos el instinto salvaje que conduce al asesinato y a la guerra, como probaron los legendarios experimentos de Stanley Milgram (57) en 1961 y el de la Prisión de Stanford, realizado por Philip Zimbardo (58) en 1971. El primero mostró cómo la mayoría de las personas son capaces de torturar hasta la muerte a otro ser humano bajo la coerción de una figura de autoridad; y el segundo desveló la elevada proporción de sujetos aparentemente modélicos que recurren a la violencia sádica para imponerse cuando consideran que tienen una razón legítima para hacerlo.

Nadie puede asegurar que esté libre de caer en la brutalidad. No se sostiene la línea divisoria entre buenos y malos. Tomar conciencia de que el riesgo nos afecta a todos por igual, nos obliga a ser más responsables de nuestros actos y a esforzarnos para respetar a los semejantes.

Desiderátum

A lo largo de los seis millones de años que nos separan de los chimpancés, las bandas de *sapiens* y luego las civilizaciones han combatido por el control de los recursos. Raramente por el morboso placer de eliminar humanos sin sentido. Hoy en día las cosas están cambiando. Actualmente no necesitamos abatir a los otros para sobrevivir, pero cada vez más individuos recurren a ello para conseguir sus metas.

De esta manera, se va extendiendo lo que denomino *normalización de la violencia*: los ciudadanos acaban acostumbrándose a los insultos, la difamación, las amenazas y los golpes; se vuelven insensibles hacia el sufrimiento de los otros seres humanos y desaparece la empatía y la conciencia de grupo.

En general, puede asumirse que cada sociedad determina la tasa de agresividad que permite expresar a sus individuos, por lo que su número de violentos depende del *control cultural* sobre dicho comportamiento. Cuanto más permisiva o incluso alentadora de la violencia sea una sociedad, menor freno pondrán sus individuos a la libre expresión de sus impulsos *homófagos*.

La cuestión es similar a la del cambio climático. Si se toma conciencia de la amenaza que representan ambos problemas para el futuro de la Humanidad, se cambiará de actitud. Las personas son reacias a modificar su forma de vida, salvo cuando emerge un elemento más poderoso que la inclinación al placer y la comodidad, como es el miedo. Si llegan a percibir que la creciente hostilidad puede afectar a sus vidas y poner en riesgo su familia o su patrimonio, entonces reaccionarán y demandarán a los gobernantes acciones contundentes para controlar la violencia social. Creo que esto puede ocurrir muy pronto.

Apremia recuperar la *educación en valores* y para ello serían de gran ayuda las campañas divulgativas sobre las habilidades de convivencia pacífica. Deberían tomarse

como principios fundamentales el respeto a la autoridad, el mérito adquirido a través del esfuerzo, la tolerancia hacia la diferencia con la riqueza cultural que de ella se deriva, y la necesidad del grupo para sobrevivir.

Cuando la violencia recidivante está causada por alteraciones mentales la actuación adecuada es de tipo médico. Para los casos más graves, como algunos psicópatas y maltratadores domésticos, la solución, más que la reclusión carcelaria, debería ser la implantación de programas de tratamiento en centros especializados cerrados, que administren la libertad del enfermo en función de su estado clínico. Los profesionales de la salud mental deberían implicarse y formarse en este campo, ya que actualmente muy pocos aceptan ocuparse de estos *sujetos-problema*. Se necesita potenciar el reconocimiento y los incentivos para los que trabajan con los violentos.

La *no-violencia* se alcanzará con un cambio de modelo social. Nuestra especie necesita dar un nuevo paso. Tendremos que dejar de temer y seguir a los más implacables, para aclamar y premiar a los pacíficos y cooperadores; que el comportamiento altruista garantice el ascenso social; que quede desautorizado y excluido el violento; que nunca sea rentable el uso de la fuerza.

Probablemente nos esperan años duros. Todo cambio social conlleva una cierta tasa de sufrimiento y desajustes. Pero, a pesar de las dificultades, cabe confiar plenamente en las posibilidades de nuestra especie y pensar que reaccionaremos a tiempo. Podemos ser pesimistas para el futuro inmediato, pero optimistas a medio plazo.

El tejido humano es una matriz interrelacionada. No podemos corregir el problema en una sección, aislando una zona pacífica en un océano de territorios violentos incontrolados. Se precisa *mundializar la no-violencia*.

Bibliografía

1. Krug EG, Dahlberg LL, Mercy JA, Zwi AB. World report on violence and health. Ginebra: World Health Organization; 2002.
2. Huertas D. Violencia la gran amenaza. Madrid: Alianza Editorial; 2007.
3. Huertas D, López-Ibor Aliño JJ, Crespo Hervás MD. Neurobiología de la Agresividad Humana. Barcelona: Ars Médica; 2005.
4. Pérez Ybarra R. La violencia, problema de salud pública. Diario El País 2006;10.535:37.
5. Tristán RM. La violencia, una "mutación" cerebral. El Mundo del Siglo Veintiuno 2005;5857:29.
6. Arsuaga JL. El collar del Neandertal. Madrid: Temas de Hoy; 1999; p. 283-289.
7. Jung CG. El hombre y sus símbolos. Barcelona: Luis de Caralt Editor; 1976.
8. Lorenz K. On Aggression. Nueva York: MJF Books; 1966.
9. Freud S. Beyond the Pleasure Principle. Nueva York: Norton; 1961.
10. Storr A. La agresividad humana. Madrid: Alianza Editorial; 2004.
11. Rousseau JJ. Contrato social. Madrid: Espasa-Calpe; 1987.

12. Wildman DE, Uddin M, Liu G, Grossman LI, Goodman M. Implications of natural selection in shaping 99.4% nonsynonymous DNA identity between humans and chimpanzees: enlarging genus *Homo*. *Proc Natl Acad Sci USA*. 2003;100:7181-7188.
13. Brunet M, Guy F, Pilbeam D, Lieberman DE, Likius A, Mackaye HT, Ponce de Leon MS, Zollikofer CP, Vignaud P. A new hominid from the Upper Miocene of Chad, Central Africa. *Nature* 2002;418:145-151.
14. Won Y, Hey J. Divergence Population Genetics of Chimpanzees. *Mol Biol Evol* 2005;22:297-307.
15. Goodall J. Warfare and cannibalism among Gombe's Chimpances. *National Geographic Magazine* 1979;155:592-621.
16. White FJ, Chapman CA. Contrasting chimpanzees and bonobos: nearest neighbor distances and choices. *Folia Primatol* 1994;63:181-191.
17. Hare B, Melis AP, Woods V, Hastings S, Wrangham R. Tolerance allows bonobos to outperform chimpanzees on a cooperative task. *Curr Biol* 2007;17:619-623.
18. Hammock EA, Young LJ. Microsatellite instability generates diversity in brain and sociobehavioral traits. *Science* 2005;308:1630-1634.
19. De Waal F. *Our Inner Ape: A Leading Primatologist Explains Why We Are Who We Are*. Nueva York: Riverhead Books; 2005.
20. Hobbes T. *Leviatán*. Madrid: Tecnos; 1996.
21. Morris D. *El mono desnudo*. Barcelona: Ensayo Ciencia Debolsillo; 2003.
22. Darwin C. *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Nueva York: Appleton; 1883.
23. Price GR. The nature of selection. *J Theor Biol* 1995;175:389-396.
24. Hamilton WD. *Narrow Roads of Gene Land*. Oxford: Oxford University Press; 1996.
25. Dawkins R. *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat Editores; 1994.
26. Volavka J, Bilder R, Nolan K. Catecholamines and aggression: the role of COMT and MAO polymorphisms. *Ann NY Acad Sci* 2004;1036:393-398.
27. Meyer-Lindenberg A, Buckholtz JW, Kolachana B, Hariri A, Pezawas L, Blasi G, Wabnitz A, Honea R, Verchinski B, Callicott JH, Egan M, Mattay V, Weinberger DR. Neural mechanisms of genetic risk for impulsivity and violence in humans. *Proc Natl Acad Sci USA*. 2006;103:6269-6274.
28. Oñate Cantero A, Piñuel Zabala I. Informe Cisneros X "Violencia y Acoso Escolar en España". Madrid: Instituto de Innovación Educativa y Desarrollo Directivo; 2006.
29. Hawkins JD, Herrenkohl T, Farrington DP, Brewer D, Catalano RF, Harachi TW. A review of predictors of youth violence. En: Loeber R, Farrington DP (eds.), *Serious and violent juvenile offenders: Risk factors and successful interventions*. Londres: Sage Publications; 1999; p. 106-146.
30. Olweus D. *Bullying at school. What we know and what we can do*. Oxford: Blackwell; 1993.
31. Ortega R, Lera MJ. The Seville Anti-bullying in School Project. *Aggress Behav*. 2000;26:113-123.

32. Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Decreto 3/2008 de la Convivencia Escolar en Castilla-La Mancha. DOCM Num. 9, de 11 de enero de 2008.
33. Hewison R. *New Approaches to Ruskin. Thirteen Essays*. Londres: Routledge and Kegan Paul; 1981.
34. George MJ, Yarwood DJ. *Male Domestic Victims Survey 2001, Main Findings*. Ascot: Dewar Research; 2004.
35. Consejo General del Poder Judicial. *Informe sobre muertes violentas en el ámbito de violencia doméstica y de género en el ámbito de la pareja y ex pareja en el año 2006*. Madrid: Servicio de Inspección del CGPJ; 2007.
36. McCloskey LA. The "Medea complex" among men: the instrumental abuse of children to injure wives. *Violence Vict* 2001;16:19-37.
37. Rempel M, Labriola M, Davis RC. Does judicial monitoring deter domestic violence recidivism? Results of a quasi-experimental comparison in the Bronx. *Violence Against Women* 2008;14:185-207.
38. Soler H, Vinayak P, Quadagno D. Biosocial aspects of domestic violence. *Psychoneuroendocrinology* 2000;25:721-739.
39. George DT, Umhau JC, Phillips MJ, Emmela D, Ragan PW, Shoaf SE, Rawlings RR. Serotonin, testosterone and alcohol in the etiology of domestic violence. *Psychiatry Res*. 2001;104:27-37.
40. Stuart GL, Temple JR, Follansbee KW, Bucossi MM, Hellmuth JC, Moore TM. The role of drug use in a conceptual model of intimate partner violence in men and women arrested for domestic violence. *Psychol Addict Behav* 2008;22:12-24.
41. George DT, Phillips MJ, Doty L, Umhau JC, Rawlings RR. A model linking biology, behavior and psychiatric diagnoses in perpetrators of domestic violence. *Med Hypotheses* 2006;67:345-353.
42. Edwards DW, Scott CL, Yarvis RM, Paizis CL, Panizzon MS. Impulsiveness, impulsive aggression, personality disorder, and spousal violence. *Violence Victim* 2003;18:3-14.
43. Dinwiddie SH. Psychiatric disorders among wife batterers. *Compr Psychiatry* 1992;33:411-416.
44. Goldenson J, Geffner R, Foster SL, Clipson CR. Female domestic violence offenders: their attachment security, trauma symptoms, and personality organization. *Violence Vict* 2007;22:532-545.
45. Belfrage H, Rying M. Characteristics of spousal homicide perpetrators: a study of all cases of spousal homicide in Sweden 1990-1999. *Crim Behav Ment Health* 2004;14:121-133.
46. Rosenbaum M. The role of depression in couples involved in murder-suicide and homicide. *Am J Psychiatry* 1990;147:1036-1039.
47. Fernández-Montalvo J, Echeburúa E. Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un análisis descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta* 1997;23:151-180.
48. Stuart HL, Arboleda-Flórez JE. A Public Health Perspective on Violent Offenses Among Persons with Mental Illness. *Psychiatr Serv* 2001;52:654-659.

49. Simpson AI, McKenna B, Moskowitz A, Skipworth J, Barry-Walsh J. Homicide and mental illness in New Zealand, 1970-2000. *Br J Psychiatry* 2004;185:394-398.
50. Fazel S, Grann M. The population impact of severe mental illness on violent crime. *Am J Psychiatry* 2006;163:1397-1403.
51. Volavka J, Citrome L, Huertas D. Actualización del Tratamiento Biológico de la Agresión. *Actas Esp Psiquiatr* 2006;34:123-135.
52. Lopez-Ibor JJ. The power of stigma. *World Psychiatry* 2002;1:23-24.
53. Arseneault L, Moffitt TE, Caspi A, Taylor PJ, Silva PA. Mental disorders and violence in a total birth cohort: results from the Dunedin Study. *Arch Gen Psychiatry* 2000;57:979-986.
54. Eronen M, Hakola P, Tiihonen J. Mental disorders and homicidal behavior in Finland. *Arch Gen Psychiatry* 1996;53:497-501.
55. Sluyter F, Keijser JN, Boomsma DI, van Doornen LJ, van den Oord EJ, Snieder H. Genetics of testosterone and the aggression-hostility-anger (AHA) syndrome: a study of middle-aged male twins. *Twin Res* 2000;3:266-276.
56. Fried I. Syndrome E. *Lancet* 1997;350:1845-1847.
57. Milgram S. Behavioral Study of Obedience. *J Abnorm Soc Psychol* 1963;67:371-378.
58. Zimbardo PG. The Stanford Prison Experiment. En: Behrens L, Rosen LJ (eds.), *Writing and Reading Across the Curriculum*. Nueva York: Longman, 2000; p. 363-375.